

el Mandinga sea de estirpe blanca en lo interior de su cuerpo y de estirpe negra en su superficie; todo negrea de suyo en el negro, según lo demostró Scemmering por medio de la anatomía (1). Las variaciones que sufrimos por los cuerpos extraños en nada influyen sobre nuestra complexión, porque esta las rechaza, y antes de alterarse se anonada. Los Moros, por ejemplo, son sumamente atezados, á causa de los ardorosos rayos del sol; y con todo, las muchachas de Mequinez, que nunca salen de sus serrallos, tienen el cutis tan blanco y delicado como una Francesa. ¿Qué Papú se pondrá blanco, por mas que desde su nacimiento se le aparte de los rayos de la luz? ¿quién podrá variar las proporciones de su cráneo y de su rostro? ¿quién estampará en su estructura ósea, nerviosa y cerebral los caracteres de la cabeza del Europeo?

Todos los pueblos mogoles y calmueos ofrecen un temperamento atrabiliario y seco; todas las familias célticas y caucásicas tienen la complexión sanguínea; todas las naciones africanas de estirpe negra son de índole mas ó menos flegmática, especialmente los Hotentotes y los naturales de Nueva-Holanda; todos los pueblecillos lapones, samojedos y kamtschadales presentan el jénero nervioso en estado espasmódico y casi convulso; todos los solariegos americanos muestran una complexión biliosa y melancólica. Por cierto, que ni el clima ni el alimento alcanzan á enjendrar estas naturalezas primi-

(1) *Ueber korperliche de negers*, etc., Maguncia, 1789, en 8°. Véase tambien Meiners, *sobre los negros*, en aleman.

tivas, puesto que cada estirpe vive de distinta manera y bajo infinita variedad de temples.

ARTICULO SEGUNDO.

INFLUJO DE LOS CLIMAS SOBRE EL HOMBRE.

Los mares, las montañas y las diversas clases de peñascos y minerales han dividido y zanjado el globo; de donde ha resultado una gran diversidad de temples y moradas, aun bajo climas semejantes; así es que los diferentes grados de frialdad del ambiente, las cualidades de las aguas, las revoluciones de la atmósfera, han obligado á nuestra especie á modificar sus hábitos, y han facilitado el nacimiento de ciertas familias de plantas y de vivientes que nos abastecen. Ora se ha visto el hombre forzado á arrosstrar las olas, ora ha abrazado, cual cazador, la vida selvática de los montes, ora ha variado el jénero de cultivo, ó ha entablado un comercio lejano. No es pues maravilla que de tan encontradas diversidades hayan nacido las costumbres mas opuestas, las propensiones mas caprichosas, el oríjen de muchas enfermedades, tales como los lamparones de las Molucas, el pian de los Negros, la proctaljia de los Brasileños, las obstrucciones elefantíacas de los territorios húmedos y cálidos, la plica polaca, el *tarbo* de los Ejipticos, las lepras, la peste, el cólera-morbo, la fiebre amarilla, las viruelas, el venéreo, y otras mil dolencias orijinadas en ciertos climas de la na-

turalidad particular de los templos, de las aguas ó del ambiente.

Continuamente estamos respirando un aire mas ó menos puro, mas ó menos cuajado de exhalaciones; nuestra traspiracion, ora acrecentada, ora disminuida; nuestra sangre diversamente oxigenada; nuestros sistemas absorbente, cutáneo y exhalante mas ó menos escitados; los vaivenes que en nosotros promueven las mudanzas repentinas de temple; los descarríos de las estaciones, el enrarecimiento del aire en las montañas, y la densidad del de los valles cuajados de niebla, modifican á lo sumo nuestra complexion. De ahí nace la gran diferencia que se advierte entre el morador lelo de las gargantas del Vallés y el seco Cántabro, ó el ágil miguelote de los Pirineos; entre el flegmático Holandés y el vivaracho y travieso Provençal. El Árabe Beduino, desjugado en sus áridos arenales, como las yerbas espinosas y salobres que en ellos crecen, forma la contraposicion mas estremada con el macizo y grandioso musulman del Cairo, cerca de las pantanosas riberas del Nilo, cubiertas de sandías y pepinos; el primero es árido y bilioso, el segundo linfático y pastoso.

Así pues, cada rejion estampa en los hombres un carácter particular, aunque superficial, perdiéndose este en los individuos que se trasladan á otros países, porque forzosamente han de tomar el mas adecuado á los mismos. Además de las modificaciones peculiares en cada terreno á todas las estirpes humanas, nótanse otras jenerales en todo el globo y

en todas las castas. Estas son de tres jéneros: 1º. el influjo del calor y del frio; 2º. el de la humedad y sequedad, de los sitios bajos ó elevados, fértiles ó áridos, del ambiente estancado ú ventoso, etc.; y 3º. y último, las que proceden de la mezcla de estas dos primeras especies de influjo.

El frio estremado acorta la estatura, estrecha los miembros, entorpece los músculos, apoltrona y alearga al hombre, y le desapropia de toda su pujanza corporal y mental.

Si por un momento nos trasladamos hácia los polos, en el Espitzberg, la Groenlandia, el Kamtschatká, la Laponia, etc., verémos la tierra escasamente vestida de musgo, de yerbas ahiladas, de brezos enanos, de chaparros y de abedules desmembrados por la escesa frialdad que hiela los estremos de las ramas que se alargan en demasia; así es que los árboles decaen en arbustos, y estos en menuda maleza, que se acumula y ovilla, entretejiendo sus cortas ramas como para guarecerse de la estremada frialdad; los abetos y los pinos se visten de hojas desmirriadas, tupidas y resinosas, para mejor resistir la frialdad de los inviernos; los hombres de estas rejiones polares, los Lapones, Samojedos, Ostiacos, Chuchis, Coriacos, Jucagres, Esquimales, Kamtschadales, etc., son pequeños y achaparrados, encojidos á manera de bola por la estremada rigidez de aquellos climas; su estatura alcanza escasamente cuatro pies; su cutis arrugado está tiznado y como tabacoso por la frialdad que de continuo le lastima. Los animales domésticos son allí mas men-

guados que en nuestros países; el caballo, por ejemplo, es mas pequeño que nuestro asno, en Escocia, Northwales, Suecia, Oelanda y Esmolanda; el toro y la vaca son tambien allí de cortísima alzada, blancos y sin hastas.

La frialdad moderada condensa la fibra, entona el brio muscular, escita el apetito, enardece el denuedo, enjendra cierta temeridad de índole y una pujanza de alma que no da tregua al cuerpo, el cual, como musculoso, propende de suyo al movimiento. Estos medros de las facultades corpóreas favorecen la multiplicacion, de donde, andando los tiempos, resultan emigraciones y colonias, las cuales no es dable plantear sino á costa de trabajos y fatigas y con indómito teson. Todos estos caracteres son aplicables á los habitantes de la Europa boreal y á los del centro del Asia tambien septentrional. Estos pueblos son jeneralmente robustos, gallardos, jaques, traviesos, belicosos, comilones, propensos á la embriaguez, muy fecundos y vividores.

Con efecto, los pueblos de estirpe goda y teutónica son los que en todos tiempos mas arrebatados se han visto por el duelo y la guerra. Los Germanos, dice Tácito, miran el reposo como un estado violento; anhelan incesantemente las lides, y prefieren alcanzar á costa de su sangre los logros que pacíficamente les ofrece la labranza (1). ¿Quién pudiera

(1) Los *Berserkes* eran aventureros osados, unos salvajes rabiosos y furibundos, que pasaban su vida en medio de los encuentros y las batallas, viviendo de rapiña y carnicería, devorando á menudo la carne cruda, desafiando al primero que les

domar la rabia frenética y la feroz pujanza de aquellos Iberos y Cántabros, que no doblegaron la cerviz ante los Romanos y los Moros, cuando vemos á las madres degollar á sus propios hijos antes de verles parar en esclavos, y los hijos matar á sus padres, para librarles de la afrentosa servidumbre? Tanto vale desarmar á un Ibero como cortarle las manos (1); y Silio Itálico asegura que los Cántabros no podian vivir sin armas y sin guerra.

Todos estos pueblos propagaron ese espíritu guerrero que todavía se echa de ver en los códigos de los Visigodos, Burguiñones, Lombardos, etc. Dotados de cuerpo robusto y de alma esforzada, no anhelaban mas que guerra y matanza, sacrificando á estos impulsos el honor, la riqueza, las leyes, la relijion y las preocupaciones. Todo concurría á enardecer en tales pueblos este arranque único y dominador. Encallecidos desde la niñez al frio, á la fatiga, á la caza, al hambre y demás privaciones; ejercitados en el manejo de las armas; hechos á los peligros y á los encuentros; nacidos en medio de las batallas, y familiarizadas sus mujeres con el al-

venia á mano, violando las mujeres, apoderándose de todo á la fuerza, y no conociendo otro imperio que el del poder. Hasta insultaban á sus dioses, como Ayaz provocaba á Júpiter; no adoraban mas que su espada (Saxo Gramat., lib. 1; Tom. Bartolino, *De caus. contempt. mort.*, lib. 1, cap. vi), la cual pasaba de padre á hijo, especialmente las de los héroes. Los Escitas honraban sus armas, cual los feroces Esecandinavos, bien así como los Turcos juran todavía por su victorioso alfanje.

(1) Tito-Livio, lib. xxxix, dec. xvii.

boroto y los azares de los campamentos, el único crimen digno de castigo era la cobardía, la única virtud el denuedo. El victorioso tenía siempre razón, y culpa el vencido; los desvalidos perdían entre ellos todo derecho á lo que no habían sabido defender; la victoria era en su concepto la manifestación de la justicia ó el juicio del mismo Dios, que siempre estaba de parte del triunfador; en una palabra, la fuerza era el único derecho (1). Las historias del norte están atestadas de narraciones de lides; y por lo común los más valientes, como menos astutos y malvados y menos débiles y cobardes, eran honrados como más francos (2).

Es muy del caso advertir que las naciones de estirpe caucásica ó blanca son, entre todos los pueblos de la tierra, las que más han descollado por su altivo menosprecio de la muerte. Nadie ignora el soberbio desden con que miraban la existencia los antiguos Escandinavos, Daneses, Suevos, Sajones, etc.

Prodiga gens animæ et properare facillima mortem.

Impatiens ævi, spernit novisse senectam,

Et fati modus in dextra est.

SILIO ITALICO, lib. I.

Quitábanse con frecuencia la vida por no morir vergonzosamente en el lecho; en efecto, el suicidio

(1) Tácito, *Histor.*, lib. IV, cap. XVII; Pelloutier, *Hist. des Celtes*, tomo I, páj. 415; Mallet, *Introduction á l'hist. de Danemarck*, lib. IV, páj. 130.

(2) Montesquieu, *Esprit des lois*, lib. XXVIII, cap. XXVII. Véanse también Beaumanoir, Basnage, Duclos, *sobre el duelo*.

era tenido en sumo aprecio entre las castas godas (1). De ahí es que las luchas de los gladiadores trajeron su origen de las naciones de estirpe celto-caucásica, tales como los Etruscos de la Campaña (2). Así es que los príncipes celtas y germanos tenían siempre consigo guardias helvecias, que juraban morir por su caudillo y no sobrevivirle (3).

Bajo un temple más bonancible, en el cual mutuamente se contrarestan el calor y el frío, como en el mediodía de Europa, y desde los 35 hasta los 55° de latitud septentrional, manifiéstase la especie humana, más que en otras partes, galana, cabal, inteligente é industriosa. El equilibrio entre las prendas corporales entonadas por un frío templado, y las facultades del entendimiento estimuladas por un plácido calor, comunica á los hombres toda la pujanza física y moral que les compete. El exceso del calor y del frío afea el cuerpo y nubla el entendimiento; pero las temperaturas intermedias perfeccionan y avivan las cualidades de entrambos. En efecto, vemos que desde la España, la Italia, la Grecia y demás países meridionales, hasta el mar Báltico, está la Europa poblada de naciones indus-

(1) También entre los Hérules, según Procopio, *Hist. Gothor.*, lib. II, cap. XIV.

(2) José Micali, *P Italia avanti i Romani*, tomo I, cap. XVI, páj. 196; Tertuliano, *De Spectac.*; y Ateneo, *Deipnos.*, lib. IV, cap. XIV; Just. Lipsio, *in Saturn.*, lib. I, cap. VI.

(3) Cesar, *Bell. gall.*, lib. III, cap. XX; Tácito, *Mor. German.*, cap. XIV; y Ant. Gosselin, *Hist. Gall. veter.*, cap. LXV; *De solduriis et leudibus*, etc. De *soldurii* deriva la voz *soldado*.

triosas, emprendedoras, valientes é ilustradas, que cultivan las artes, las ciencias y el comercio, y entre las cuales ha llegado la civilizacion al estado mas cabal. Aunque las tinieblas de la barbárie han enlóbreguecido repetidas veces estas rejiones, casi puede asegurarse que no pueden arraigar en ellas. Hasta los Turcos, nacion escítica y tártara, se han perfeccionado en parte y perdido su índole feroz, desde que han sentado sus reales en las apacibles riberas del Ponto-Euxino. El Asia nos muestra la Persia, el Korazan, la China y el Japon habitados por las naciones mas civilizadas de esta dilatadísima parte del mundo, si bien no se han encumbrado con mucho á la perfeccion de la gran familia europea.

La multiplicacion de los habitantes de un país es la prueba mas constante de su prosperidad (1), y de que son debidamente acatados el trabajo y la propiedad. Un siervo, que depende en todo de su señor, cesa de trabajar no bien dejan de forzarle, porque no trabaja para sí; de ahí es que la esclavitud y el feudalismo acaban con la poblacion. La Suiza, la Holanda y los Estados-Unidos de América han adquirido una poblacion que va en aumento, á pesar de la aridez del suelo, como en lo antiguo la Grecia libre, porque disfrútase en aquellos países la libertad que apadrina á la industria. ¿No se acrecentó extraordinariamente la poblacion de Francia en medio de las mas mortíferas guerras civiles y estrañas y de

(1) Adam Smith, *Riqueza de las naciones*, lib. I, cap. VIII.

la revolucion mas sangrienta que recuerdan los anales históricos? Una nobleza opulenta acota en sus dilatados dominios provincias enteras, las cuales, subdivididas y mejor cultivadas por manos industriosas, proporcionarán subsistencia á miles de miles de familias.

La cantidad de poblacion reunida en un terreno dado constituye mas que otra circunstancia los progresos en la carrera de la civilizacion. Así es que todos los países donde se agolpa una gran masa de pueblo descuellan en civilizacion é industria, aunque por otra parte asoma en los mismos una propension al desenfreno y al despotismo, á causa de la estremada desproporcion de fortunas. En aquellos sitios arraigan en breve todos los extremos de opulencia y desamparo, de donde traen su origen cuantos excesos caben en vicios y en virtudes, todos los medros imaginables de la habilidad para el bien y para el mal. Tales son las costumbres de las ciudades populosas que asoman sobre la tierra.

Síguese de lo dicho que no deben estudiarse las costumbres de las naciones ni entre las clases ínfimas ni entre las mas altas, porque estas situaciones estremadas colocan el corazon humano en un estado violento; las clases medianas son las que mas fácilmente obedecen á sus impulsos naturales.

De ahí es que la civilizacion, hartó refinada en el mediodía, aborta la doblez, el ardid y la índole servil, cuando la estremada barbárie solo se complace en mañas feroces y en una independencian irracional. Con todo, el hombre desvalido y menesteroso

sostiene y defiende á su semejante, por simpatía y necesidad, cuando vemos que el opulento, envidioso de sus iguales, asesta sus conatos á su vuelco y aniquilacion.

Las tribus salvajes y las rancherías de las rejiones heladas obedecen á usos y costumbres; los pueblos civilizados de los países templados son los únicos que establecen leyes, porque como arraigó entre ellos, bajo los nombres de rico y pobre, la desigualdad de clases, son necesarias vallas mas poderosas que las costumbres para contrarestar los choques de jerarquías tan encontradas. Los pueblos que moran en los extremos del globo, como que han de forcejear sin descanso con una naturaleza esquiva, para satisfacer sus primeras necesidades, permanecen constantemente en su estado de rematada barbarie.

Recorramos todo el universo, y veremos que los climas estremados de calor y de frio mantienen las naciones en un estado permanente de insensatez y barbarie, al paso que las rejiones intermedias abrigan los arranques de las facultades físicas é intelectuales del hombre. Así es que la civilizacion no ha calado hasta ahora por la zona ardiente, y no se ha espaciado hasta el círculo polar; vémosla reinar tan solo en las zonas templadas de Europa, Asia y América, y en las riberas africanas que señalan los lindes del Mediterráneo. El Asia templada vió nacer la civilizacion en Samarcanda y Bokhara, ó la antigua Sogdiana; encuéntrase todavía entre los Persas, los Chinos y los Japoneses; pero en vano la buscaré-

mos en las rejiones sobrado ardientes ó frias de esta dilatada parte del mundo; la América septentrional ve florecer los Estados-Unidos, y algun dia la civilizacion europea derramará tambien sus luces sobre el continente de la Australasia: pero el corazon del África abrasada será el eterno asiento de una vida inculta y selvática, así como las áridas y heladas llanuras de la alta Tartaria. Vemos reinar en la India, en Siam y en todas las partes mas meridionales de Asia, gobiernos tiránicos y opresores; los hombres, postrados por el ardor del clima bajo la esclavitud mas afrentosa, no alcanzan lo que es patria; la libertad es para ellos mas gravosa que la servidumbre; toda su política se reduce á gobernar por el terror del acero (1). Serviles para con sus dueños, insolentes con sus inferiores, son tan incapaces de ser libres, que reusarian, cual los antiguos Capadocios (2), la independencia, si les fuese ofrecida: ¡tan rematada es la estolidez, y tanto encarna la bajeza que en todos los imperios despóticos produce en las almas la obediencia absoluta (3)! El dictado de *humkiar*, ó matador, es el mas noble con que se engalana su alteza turca, y la gloria del miramolin de Marruecos y de los demás déspotas se cifra en disponer á su antojo de la vida de los hombres.

(1) La Loubère, *Voyage à Siam*, tomo 1, páj. 405.

(2) Arriani, *Peripl. maris Erythraei*; y Filostrato, *Vita Apollonii*, lib. VIII.

(3) Ricaut, *Present state of the othoman empire*, cap. III—v; Thornton y Eton, etc.

Hay en Asia menos naciones enteramente civilizadas que en Europa, porque aquella parte del mundo es ó sobrado ardiente ó demasiado fria, cuando la otra es casi templada en todas partes. La razon física de estas diferencias se esplica con la estremada elevacion del centro de Asia y la hondura suma de sus partes meridionales; de suerte que es, ó intensamente fria en el primer caso, ó sumamente cálida en el segundo. No hay en ella casi ningun temple intermedio, y de ahí nace un choque perpétuo entre los hábitos, los usos y costumbres de los Asiáticos del norte y del mediodía, porque los unos conocen apenas los primeros elementos de la civilizacion, y los otros no muestran de ella mas que la hez. Por otra parte, la naturaleza de las relijiones y de los gobiernos asiáticos contraresta con mil trabas la industria social, y obliga á estos pueblos á permanecer en el estado de imperfeccion y reposo que necesariamente trae consigo la doble carga del despotismo y la supersticion.

De ahí es que los Chinos, cuando la invasion de los Tártaros, preferian dejarse cortar la cabeza antes que raparse el pelo, conforme á aquella máxima que prohibe alterar en lo mas mínimo lo que ya se halla establecido por los mayores (1). Sin embargo, son tan diferentes las costumbres de estos pueblos en el norte y el mediodía, que ya dijo su

(1) *Mém. concernant l'histoire, les sciences, etc. des Chinois*, tomo IV, Paris, 1779, en 4.^o, páj. 287.

emperador Kang-hi: «las jentes del mediodía son mujeres en cotejo de las del norte, y las mujeres del norte son hombres en cotejo de los habitantes del mediodía.» Cuando la corte residia en las provincias meridionales, el lujo y la afeminacion destruyeron las costumbres, en términos de trasformar los hombres en mujeres (1); cuando las colonias de Chinos establecidas en la Tartaria produjeron en breve hombres tan robustos y feroces como los Manchúes (2).

Por otro lado, la mayor parte de los terrenos hondos, hornagueros y negros, donde el arroz y otras gramíneas acuáticas alcanzan prodijiosa altura, estan jeneralmente inundados de aguas encharcadas y hediondas, y cuajados de hoyadas y pantanos fangosos que exhalan, especialmente en verano y en los climas cálidos, epidemias mortíferas; tales son el escorbuto que reina en torno del Báltico, las calenturas intermitentes de Holanda, la peste de Ejipto, y la fiebre amarilla de América, en los sitios bajos y pantanosos, en Veracruz y en las bocas del Orinoco, cerca de la línea equinoccial. Tambien es de advertir que el ambiente húmedo, las aguas mal sanas y el frecuente alimento de pescado blandujo debilitan los órganos asimilativos, entumescen el tejido celular, rehinchen el sistema linfático, quebrantan, opilan y amarillean el cuer-

(1) *Mém. concernant l'histoire, les sciences, etc., des Chinois, Observat. de physique de l'empereur Kang-hi*, tomo IV, páj. 169.

(2) Duhalde, *Descript. de la Chine*, tomo IV; *Voyage au Nord*, tomo VIII, etc.